

## **DE PADRE A HIJO**

**Finalista en el III Concurso de Relato Corto La Encerrona - 2006**

**Autor: Ernesto TUBIA LANDERAS**

Las primeras gotas de sudor comenzaban a recorrer el rostro de Alberto antes incluso de que los portones se abrieran y la bestia saliera de ellos, resoplando e intentando desplomar sobre los incautos que le estuvieran esperando a escasos metros toda su furia.

Había llegado a su pueblo natal tan solo una hora antes de que empezara el encierro, pero la magia del momento ya estaba invadiendo su cuerpo saboreando todas y cada una de las sensaciones que el estar en ese instante, y en ese lugar le producían.

Era el primero de los tres encierros que se celebraban desde hacía décadas por las calles de su pueblo, y para él era una cita ineludible a la que cada año acudía en peregrinaje intentado dejar atrás un año de vida impersonal en la gran ciudad.

El recorrido transcurría por las tres calles principales del pueblo para finalizar en la plaza, donde el novillo disfrutaba de sus últimos intentos de embestida antes de ser trasladado hasta los bajos del ayuntamiento donde era devuelto a un camión, finalizando la bella contienda entre la bestia y los hombres.

Pensó en como seguramente su mujer estaría ya en la plaza con su pequeño hijo esperando verle atravesar la entrada a la plaza envuelto en sudor.

Recordó perfectamente como de niño llegó a ver correr en el encierro tanto a su abuelo, como a su padre, y como una sensación de orgullo le llenaba cuando les veía aparecer victoriosos por la plaza.

Ahora era su hijo el que estaría ansioso por volver a verle, y esa era una emoción añadida para uno de los días que mas esperaba del año.

El segundo cohete anunció que tan solo restaban cinco minutos para que la res fuera liberada, y los mozos mas osados se aceraban a escasos metros de la salida mientras otros

mas cautelosos se iban posicionando en los laterales de la calle, donde tendrían una mejor perspectiva de la carrera y una mejor colocación cerca de la valla por si tuvieran que saltar por ella.

Alberto levantó la cabeza lanzando su mirada al cielo y rogó a Dios para que le permitiera salir victorioso. A pesar de ser una celebración de fiesta y disfrutarse entre la algarabía y el jolgorio, era consciente del peligro que entrañaba y la tragedia que podía suponer la más mínima distracción.

Cada año observaba con tristeza como algunos de los que intentaban hacer el recorrido bajo los efectos del alcohol eran volteados. Y aunque nunca había ocurrido una cogida mortal y las autoridades empeñaban todos sus esfuerzos en que esa gente no corriera, raro era el año en que algún alocado no sufriera heridas y contusiones, bien por una cogida o por una caída sobre el asfalto.

El tercer y último cohete explotó en el cielo y acto seguido las bisagras de los portones comenzaron a quejarse mientras se abrían y algunos de los presentes comenzaban a correr antes incluso de ver asomar las astas.

El novillo salió con una velocidad asombrosa pillando desprevenidos a dos jóvenes que tuvieron que saltar la valla rápidamente, abandonando el encierro sin siquiera haberlo comenzado.

Alberto comenzó a correr calle abajo procurando mantener una distancia prudencial tanto con la res, como con el resto de corredores. Puesto que tan peligroso era ser alcanzado por el novillo directamente, como tropezar con otro compañero de contienda y caer al suelo para ser embestido después.

Las piernas le respondían bien a pesar de la sedentaria vida que la ciudad le otorgaba, y cuando ya llevaban recorrida más de la mitad de la primera calle había logrado mantener la distancia, que controlaba volviendo la vista atrás de forma constante.

Observó la esquina que giraba a la derecha para dar paso a la segunda de las tres calles.

Presidiendo el edificio de dicha esquina estaba una sucursal de una importante entidad bancaria internacional.

A pesar de la tensión del momento, Alberto no pudo evitar que una ráfaga de tristeza asomase en su corazón al verla.

Hasta hacía apenas cinco años en ese mismo lugar se encontraba la cantina que su abuelo inauguró hacía más de sesenta años.

Alberto añoraba aquellos años en su infancia cuando los domingos por la tarde se acercaba a la cantina para ver como todos los hombres del pueblo acudían puntualmente para ver en la televisión la retransmisión de las mejores corridas de toros, atento a todas las expresiones y comentarios que los entendidos hacían sobre la faena.

Tras su abuelo, fue su padre quien se hizo cargo del negocio. Pero después del fallecimiento de su añorado padre, y al no poder hacerse cargo él de la cantina debido a su trabajo de oficina en la gran ciudad, en consenso con sus hermanas decidieron poner fin a la tradición familiar vendiendo el local a un amigo del pueblo que prometía seguir con el bar. Aunque finalmente y para su desconsuelo volvió a venderla al banco que ahora ocupaba la esquina.

Un grito ahogado del público presente devolvió a Alberto a la realidad comprobando como el astado había estado a punto de embestir a un joven extranjero que corría escasos siete metros de él.

- ¡¡ Venga Alberto, corre ¡! –gritó alguien entre los espectadores que contemplaban el encierro desde los balcones de las casas.

Reconoció la voz al instante. Se trataba de su amigo de infancia Evaristo.

Tiempos atrás hubiera estado a su lado corriendo ante el animal, pero los años y el duro trabajo en el campo habían hecho mella en su cuerpo y ahora se limitaba a alentar a los corredores que como Alberto, aun podían disfrutar del evento.

Cuando se introdujeron en la tercera calle apenas tenía al novillo a tres metros detrás de él y sentía como la adrenalina fluía por todo su cuerpo.

Una sonrisa se dibujó en su rostro sintiéndose feliz por la emoción del momento.

Un año sin visitar su amado pueblo era demasiado tiempo, y el volver el día del prior encierro con toda su gente vibrando a su alrededor le hacían tener la sensación de no haberlo abandonado nunca.

Poco a poco el novillo se iba acercando mas a Alberto que imprimía sobre sus piernas las últimas fuerzas que lograba sacar de su exhausto cuerpo.

Un pórtico de piedra de varios siglos de antigüedad era la portentosa entrada a la plaza y ambos, hombre y animal, lo traspasaron prácticamente a la par.

Cuando Alberto estaba a punto de culminar su paso al recinto, hizo un amago de giro a la izquierda para rápidamente volverse hacia la derecha sintiendo como una de las astas del novillo rozaba su cadera para después proseguir su camino al frente, a la vez que todo el numeroso gentío aclamaba entre vítores y aplausos la destreza de su quiebro para engañar a la bestia.

Después de dar varias vueltas por la plaza y tras unos cuantos sustos a varios corredores, el astado fue conducido por el manso a su retiro en el camión en los bajos del ayuntamiento.

Alberto activó una mirada nerviosa escrutando todos y cada uno de los rincones de la plaza buscando a su mujer e hijo, mientras muchos de los fatigados mozos aliados en el trayecto, le felicitaban entre sonrisas y halagos.

Los halló a la altura de la tienda de prensa que desde hacía décadas regentaba Maria Teresa.

Ambos reían abiertamente mientras aplaudían. En los ojos de su hijo se podía leer la admiración que sentía en ese momento más que nunca por su padre.

Comenzó a caminar lentamente hacia ellos mientras las primeras lágrimas se derramaban sobre sus mejillas.

Atrás quedaba un año vivido entre bloques de viviendas y polución. 365 días de falta de contacto con su gente. De reproches diarios por parte de unos jefes que no sabían valorar las jornadas de más de diez horas por un irrisorio sueldo.

Una vida en una gran ciudad, en la que su única alegría llegaba cuando volvía a casa cada noche para poder abrazar a su mujer y leer pacientemente un cuento a su amado hijo hasta que cayera en el mas profundo de los sueños.

El encierro le había hecho volver a saborear el placer de sentirse parte de un pueblo que ahora entre aplausos, le devolvía el cariño que él procesaba por ellos y demostraba acudiendo puntual cada año.

Cruzó el vallado y besó a su mujer para después dejar que su hijo le diera un abrazo que llenó de calor su agotado cuerpo.

Le miró a los ojos y descubrió como una lágrima de emoción asomaba de su infantil mirada.

Sonrió y le besó en la frente, convencido de que algún día sería él quien atravesara veloz el pórtico de la plaza, arrancando los aplausos de un pueblo al que amaría tanto como amó su padre.